

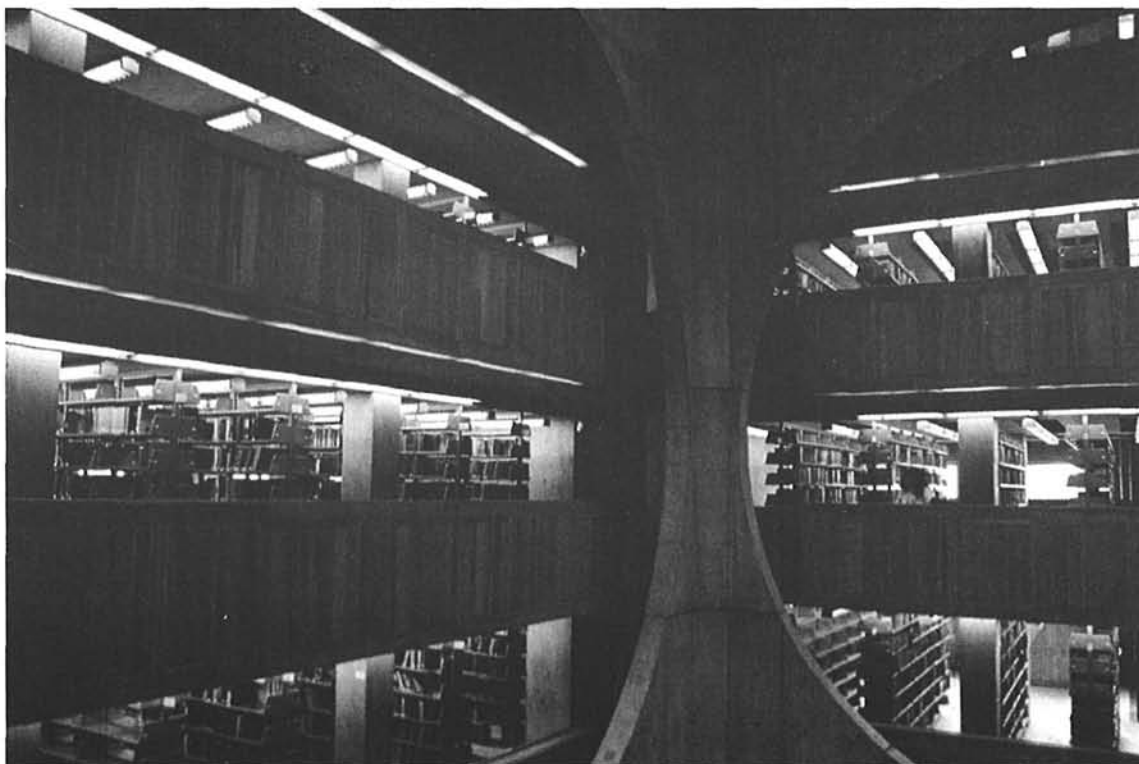
Ese vínculo primordial de una pequeña comunidad con el mundo cultural a través de su biblioteca no está tan claro actualmente en el reino de los *media*. *Downtown Celebration*, el centro urbano concebido por Disney, en su enclave de Orlando, como el «escaparate para el trabajo de alguno de los diseñadores más importantes de América» tiene: una oficina de ventas, el Preview Center, obra de Charles Moore, un ayuntamiento de Philip Johnson, un edificio de correos de Michael Graves, un banco de Robert Venturi y Denise Scott Brown, una Teaching Academy y una escuela, obras de W. Rawn, un cine de Cesar Pelli, una gran variedad de edificios de Robert Stern, incluyendo un restaurante y un hospital clínico en sus proximidades, así como un gran complejo administrativo realizado en sus cercanías por Aldo Rossi, pero no hemos logrado durante nuestra visita encontrar, ni tampoco en la cuidadosa publicidad arquitectónica de la pequeña ciudad, ni rastro de un edificio dedicado específicamente a biblioteca pública. En algo tan cuidadosamente planeado, como todas las operaciones de Disney, no puede ser un olvido, sino una falta actual de demanda social; puede ser que refleje realmente, según dice Stern, los «términos de lo que sabemos de cómo la gente vive».

Los nuevos sistemas

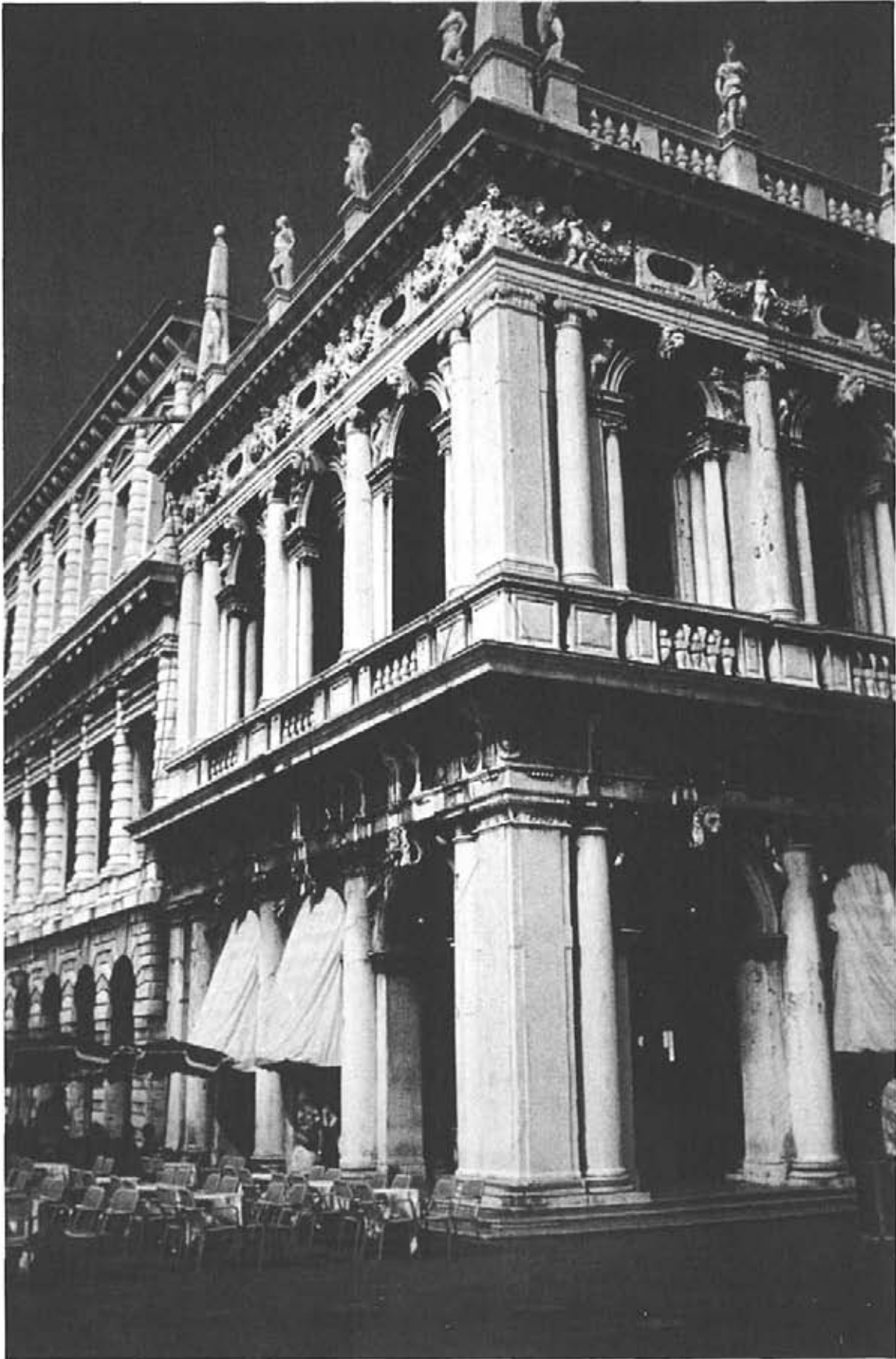
Las nuevas tecnologías están permitiendo una mecanización, en constante incremento, del proceso de servicio en las bibliotecas. La nueva biblioteca del Congreso de los Diputados romano combina una magnífica restauración neorrenacentista con los últimos sistemas diseñados de transporte automático. Paris-Tolbiac simultanea, con una imagen arquitectónica tan fuerte que es casi una pura metáfora, el funcionamiento perfecto de su planta pública como una biblioteca de libre acceso que combina, por secciones temáticas, libros y revistas con puestos de trabajo. Desde ellos se puede acceder por un terminal a todo los catálogos de la biblioteca o realizar una conexión, vía Internet, con otros centros, al mismo tiempo que su mesa dispone también de un punto de enganche con la red de la biblioteca para nuestro ordenador personal. En estos momentos se está procediendo al traslado de sus fondos desde Richelieu a los nuevos depósitos por lo que todavía no podemos juzgar el funcionamiento de su nueva sala de investigadores, *au niveau du jardin*, o la rapidez de los sistemas de acceso a los libros en un organismo tan grande.

En el espacio virtual hemos dado un nuevo salto: ya no pensamos en las colecciones, o en los edificios, sino en los catálogos, en las bases de datos.

Cuando entramos o salimos, desde nuestra casa o despacho, de la red de bibliotecas de la Universidad de California, no pisamos el umbral del último edificio de Kahn en Berkeley, o de cualquier otro de los edificios de las bibliotecas de esa universidad, sino que hacemos una entrada en MELVYL, la base de datos *online* de la universidad. Columbia ya no es para nosotros una de los edificios de McKim, Mead & White sino CLIO, el nombre de su sistema, y nuestra propia Biblioteca Nacional empieza, ya, a ser Ariadna. Ya no vemos los edificios, nuestros nuevos pórticos son la página de entrada a un *website*. Nuestra imagen del conocimiento se transforma muy rápidamente en los últimos tiempos y comienza a estar más vinculada a una red global que a la «simple» y siempre compleja imagen de unas arquitecturas. Aunque esto sea cada vez más cierto, fenómenos recientes como la ya citada Biblioteca Nacional de Francia o el Museo Guggenheim de Bilbao en que la arquitectura, independientemente de su calidad intrínseca, trasciende su propio campo y se convierte en una poderosa imagen mediática, nos hacen volver a plantearnos cuál será en nuestro futuro, ya inmediato, la imagen del conocimiento. Puede que esté vinculada a un entendimiento mucho más global.



L. I. Kahn: Biblioteca de la Philips Exeter Academy



Sansovino: Biblioteca Marciana, Venecia